

## UN PUEBLO, UNA FAMILIA UNIDA.

¡Hola! Me llamo Marta y os voy a contar mi historia.

Desde hace años vivo en Barcelona, con mi marido Fran y mis dos hijos, Paula y David. Estábamos muy contentos en esa ciudad con nuestros trabajos y amigos y los niños con sus colegios. Pero, con la llegada del coronavirus, nuestra familia perdió su trabajo y con esto, llegaron los problemas económicos. Empezamos a tener deudas bancarias y perdimos la casa.

Un buen día, por la mañana, sonó el teléfono y era el abuelo para preguntarnos por la situación que estábamos atravesando, ya que Fran le había puesto al corriente y el abuelo quería proponernos algo.

Me quedé con sus palabras varios días, pensando en cómo iba a cambiar todo. Tras pensarlo mucho y hablar con Fran, decidimos contárselo a los niños pero, ellos, no estuvieron de acuerdo.

— Pero mamá, yo no quiero irme de aquí, tengo a mis amigos, el colegio, las extraescolares, todo. — Protestó David.

— Yo tampoco quiero ir, mamá. ¿Qué pasará con mi equipo? — Se quejó Paula.

— Niños, vamos a hacer una cosa. Vamos a intentarlo, vamos a ir a Plasencia de Jalón, vamos a conocer el pueblo y vamos a intentarlo; y, si no funciona, buscaremos otra solución.

— Buena idea, cariño. — Dijo Fran mirando a los niños.

Paula miró cómplice a su padre y aceptó la propuesta. A David le costó un poco más, gruñó algo y apretó la mano de su hermana. Al final, con esfuerzo, también aceptó la propuesta.

Pasados varios días pusimos rumbo a Plasencia de Jalón.

— Oye, papá, ¿falta mucho para llegar?

— No seas pesada, hermana. — Replicó David.

— Niños, un poco de calma. Es normal que estéis nerviosos, hace mucho que no venimos al pueblo. — Les tranquilicé.

— Casi no me acuerdo de la casa de los abuelos, ¿era la de la esquina que tenía las cornisas blancas? —Me dijo Paula divertida.

—Sí, cariño, esa es. En cuanto lleguemos iremos a verlos.

Llegamos y en cuanto abrió la puerta se les saltaron las lágrimas.

Los primeros días fueron duros, empezamos a construir una pequeña granja y los niños lo pasaron mal en el colegio porque echaban de menos a sus amigos. Aunque, enseguida, empezaron a hablar con los niños y se hicieron amigos. También, conocimos a nuestros simpáticos vecinos: los Jiménez, quienes nos ayudaron a instalarnos en el pueblo y a terminar nuestra granja.

Una noche pasaron los vecinos por casa y se asomaron a la puerta. Allí todos dejábamos las puertas entreabiertas.

— ¡Hola, familia! ¿Salís a respirar aire fresco? — Preguntó Jon, el vecino.

Los miré con cara extrañada porque casi no nos conocíamos.

— Vamos, hemos trabajado duro, nos merecemos descansar un rato. Hemos pensado que sería buena idea pasar tiempo, juntos y ver las estrellas. Hace una noche preciosa y se respira aire puro, ¿no os parece?

Puse una cara cómplice a mi marido y él sonrió. Los niños gritaron de alegría y salieron corriendo con los hijos de los vecinos.

A la mañana siguiente, los niños se fueron a jugar cerca del río y nosotros nos quedamos cuidando a los animales. Enseguida vinieron Paula y David con sus amiguitos para echarnos una mano.

Los días iban pasando y cada vez estaban más contentos, tenían muchos amigos porque allí se conocía todo el mundo y acogieron enseguida.

A Paula y a David les gustaba mucho más de la que pensaban. Allí veían mucho más a sus padres y pasaban mucho rato en la calle jugando. Iban a la arboleda a jugar a la pelota, paseaban por los caminos del pueblo, jugaban con una camada de gatitos que se encargaban de cuidar y un montón de cosas más.

Muchas tardes íbamos a visitar a los abuelos porque vivían muy cerca, en realidad, todos vivían cerca de todos.

Llegó el verano y con él, las fiestas del pueblo. Eran en honor a la Virgen de la Rosa. ¡Y vaya, fiestas! ¡Qué divertido! Charangas, juegos, comidas, bailes... Todos juntos y reunidos pasándonoslo bien.

Cuando llegaron las navidades, hicimos una gran cena, todos en casa, disfrutando, Fran, los niños y los abuelos. Luego, se hizo una gran fiesta en el pabellón del pueblo a la que acudieron todos. Costaba muy poco entrar, las bebidas eran baratas y había música. Estuvimos toda la noche; llevamos a los niños a casa con los abuelos y, al estar tan cerca, pudimos volver a divertirnos con nuestros amigos.

Valió la pena mudarnos a aquí, si no lo hubiéramos hecho, no disfrutaríamos de los momentos mágicos que estamos viviendo en nuestro pueblo y que no teníamos en la ciudad.

Tenemos pensado ampliar nuestra granja y convertirla en una granja escuela para que todo el mundo pueda venir a disfrutar de este maravilloso pueblo.

La verdad, amigos, os diré una cosa, me encanta vivir aquí, es precioso y mi familia es feliz.